

La violencia y sus “causas objetivas” (Primera Parte)

Por Eduardo Posada Carbó*

La idea que relaciona los niveles de violencia con la situación económica y social del país, advierte Mauricio Rubio, “ha sido el conductor más importante de las políticas estatales en materia de violencia, incluyendo los actuales esfuerzos por lograr la paz” (*Crímen e impunidad*, Bogotá, 1999, p. 82). En el lenguaje académico que permeó el discurso político, esta idea se conoce como las “causas objetivas” de la violencia. Con ella quiere expresarse que la violencia tiene un origen estructural: en la pobreza, en las desigualdades económicas, en fin, en la falta de oportunidades – sociales, políticas o económicas -, ofrecidas por el sistema.

El actual proceso de paz, como los anteriores desde la década de 1980, fue concebido sobre estas premisas. En su discurso del 8 de junio de 1998, el entonces candidato a la presidencia Andrés Pastrana, expresó que la acción del Estado se concentraría “en las llamadas causas objetivas de la violencia: la pobreza y la inequitativa distribución de los ingresos. Ya es hora de que Colombia cuente con una política de paz que involucre en este propósito nacional las principales herramientas políticas y económicas con que contamos” (*Hechos de Paz*, Bogotá, 1999, p. 36). Este enfoque, sin embargo, no era novedoso. La creencia en la necesidad de combatir las “causas objetivas de la violencia”, para lograr la paz, ha dominado en el lenguaje de los sucesivos gobiernos colombianos, e inspirado sus respectivas políticas estatales.

Alrededor de este tema ha existido un alto grado de consenso social. Políticos de todos los partidos, empresarios, académicos, y miembros de la Iglesia comparten el diagnóstico. La guerrilla, por supuesto, justifica su existencia bajo este discurso, y bajo este discurso ha definido con claridad su propuesta de paz. A la pregunta “¿Para cuando la paz?”, uno de los líderes de las Farc respondió en *El País* de España: “...lo

que se está buscando en la mesa (de negociación) no son la desmovilización y la entrega de armas, sino la solución a fondo de los problemas, social, económico y político del país... porque la paz vendrá cuando la gente deje de aguantar hambre, cuando tenga empleo, cuando no la maten, cuando tenga garantías para pensar distinto” (*El País*, 02/03/00).

El dominio tradicional de la interpretación de la violencia colombiana como resultado de las citadas “causas objetivas de la violencia” se encuentra ahora en entredicho. Desde 1994, con la publicación del trabajo pionero de Fernando Gaitán (con Malcolm Deas, *Dos ensayos especulativos sobre la violencia en Colombia*, Bogotá, 1994), han surgido nuevas explicaciones alternativas al problema. Tras una revisión pormenorizada de diversas teorías, Gaitán concluyó que ni la pobreza, ni las desigualdades, ni otras razones estructurales podían por sí solas responder por los grados extraordinarios de la violencia colombiana. Gaitán sugería prestar más atención a las consecuencias del delito, al sistema judicial y a los altos grados de impunidad frente al crimen. Tras la publicación del ensayo de Gaitán, otros trabajos han explorado de forma sistemática esta línea revisionista – entre los que se destacan los de Armando Montenegro, Carlos Esteban Posada, Mauricio Rubio y Alejandro Gaviria.

En un ensayo reciente Fernando Gaitán y Santiago Montenegro emprendieron “una mirada crítica a veinte años de estudios sobre la violencia en Colombia” (Bogotá, sin publicar, julio del 2000). En este valioso esfuerzo sintético, los autores vuelven a subrayar las falacias de la teoría sobre las “causas objetivas de la violencia”, pero concluyen con unas observaciones más generales. Según ellos, es necesario que los trabajos sobre la violencia en Colombia se encuentren “firmemente respaldados en datos empíricos”, que “resistan las pruebas del tiempo y de las comparaciones internacionales”, y que permitan “jerarquizar las causas de la violencia”, con el fin de poder así jerarquizar políticas y canalizar recursos hacia aquellas áreas prioritarias.

El último trabajo que he conocido sobre este tema es la investigación de Fabio Sánchez Torres y Jairo Núñez Méndez, “Determinantes del crimen violento en un país altamente violento: el caso colombiano” (Bogotá, mimeo, septiembre del 2000). Sus conclusiones, tras un estudio sistemático de diversas variables en las siete principales ciudades colombianas, vienen a reforzar las teorías revisionistas sobre el origen de la violencia. En sus palabras, las “variables socioeconómicas como pobreza o desigualdad afectaron muy poco el comportamiento de la tasa de homicidios”. En cambio, la explicación “fundamental del aumento en la tasa de homicidios durante los años ochenta fue el incremento de la actividad del narcotráfico y en menor medida el colapso del sistema judicial”.

Va siendo hora, pues, que las políticas de paz del Estado - bajo éste o cualquier otro gobierno -, tuviesen en cuenta los resultados de todas estas nuevas investigaciones. A los trabajos de los investigadores colombianos se han sumado también los de expertos extranjeros, como los ensayos de Paul Collier, que han minado aún más la credibilidad de las “causas objetivas” para explicar los orígenes de la violencia. Un mejor entendimiento del conflicto armado colombiano - condición básica para las posibilidades de conquistar la paz -, debe comenzar por apreciar los errores del diagnóstico que hasta ahora ha servido para sustentar políticas frustradas. Una redirección de las políticas de paz del Estado, sin embargo, no será tal vez posible mientras el clima de opinión nacional siga su camino sin advertir debidamente los resultados de las nuevas investigaciones sobre la violencia.

***Eduardo Posada Carbó es asesor permanente de la Fundación Ideas para la Paz. Sus artículos quincenales son elaborados especialmente para nuestras redes de información. Posada Carbó es abogado con especialización en ciencias socio-económicas de la Universidad Javeriana, master en estudios latinoamericanos y doctor en historia moderna de la Universidad de Oxford. Es autor y editor de varios libros y ensayos. En la actualidad es Senior Lecturer del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres y columnista de El Tiempo.**

